



D'Alessandro, Martín

**Ernesto López y Scott Mainwaring
(compiladores). Democracia: discusiones y
nuevas aproximaciones. Universidad Nacional
de Quilmes, Bernal, 2000. 436 pp.**



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

D'Alessandro, M. (2001). Ernesto López y Scott Mainwaring (compiladores). Democracia: discusiones y nuevas aproximaciones. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2000. 436 pp. Revista de ciencias sociales, (12), 244-248. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1185>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Ernesto López y Scott Mainwaring (compiladores)
Democracia: discusiones y nuevas aproximaciones
Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2000
436 pp.

¿Hay posibilidades ciertas de que la Argentina deje de ser una democracia? Sí. Esta es la principal preocupación de esta realización conjunta del Kellogg Institute de la Universidad de Notre Dame y el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes. Si bien no explícitamente, la exposición teórica y empírica que contiene no deja de atormentar al lector con este problema. La ausencia de la posibilidad real de un nuevo golpe de estado, o el encarcelamiento de algunos militares antaño poderosos no son garantía alguna de la persistencia del régimen democrático, ni mucho menos de uno saludable.

En el primer artículo de los ocho que figuran en el índice (“El final de la tercera ola y el futuro global de la democracia”) Larry Diamond, profesor de la Universidad de Stanford y coeditor del *Journal of Democracy*, se pregunta por la posible regresión

de la tercera ola de democratización y por el posible surgimiento de una cuarta ola democratizadora a partir de la eventual liberalización china. Las dos primeras olas (1828-1926 y 1943-1964) terminaron con lo que Huntington llama una “ola invertida” de derrumbes democráticos. Pero en todo ese tiempo, han ido variando y perfeccionándose las conceptualizaciones acerca de qué es una democracia. Diamond se aparta de las conceptualizaciones procedimentales para trabajar en el concepto de democracia liberal, que agrega a las condiciones requeridas en el proceso electoral una dimensión importante de pluralismo societal, es decir, de derechos políticos y libertades civiles (básicamente, *accountabilities* vertical y horizontal y pluralismos político y cívico). Así, agrupa los regímenes políticos en democracias liberales, democracias electorales, seudodemocracias y regímenes autoritarios. El peligro actual es que cuando una democracia descuida los problemas sociales y económicos agudos y las violaciones del orden público, para remediar esos problemas probablemente tenga que recurrir a transgredir la Constitución, violar derechos individuales y de las

minorías, usurpar las funciones legítimas de la legislatura (en una palabra, gobernar fuera de los límites del estado de derecho), y al hacerlo perderá su condición de liberal. La concepción que Diamond tiene de la democracia es evolutiva, interminable: la democracia no tiene un techo, ni político ni social. Siempre debe buscarse su consolidación (que ocurre cuando las reglas democráticas obtienen legitimidad), a través del mejoramiento del procedimiento electoral, el combate contra la corrupción, el fomento de la participación política, la eficacia judicial y la responsabilidad de los funcionarios. Los niveles de responsabilidad, accesibilidad y receptividad de las políticas puede mejorar, pero también puede declinar, lo cual llevaría al “vaciamiento” de la democracia, lo que significaría una nueva forma de su derrumbe.

En su artículo “Modernización y umbrales de la democracia”, Michael Coppedge establece una relación directa, aunque probabilística, entre la modernización social y la democracia, medida la primera a través de los indicadores clásicos de la teoría de la modernización (expectativa de vida, población no agrícola, etc.) y la segunda en

escalas de poliarquía. Aunque por momentos algunos trabajos del libro parecieran retornar abiertamente a la teoría de la modernización, incorporan más cautelosamente que aquélla las variables sociales y económicas; en realidad, lo destacable de la compilación es el intento de todos los autores de superar la antinomia entre estudios de actores versus estudios de estructuras. En todos los casos, el disparador es el mismo: los factores institucionales por sí mismos han mostrado su fracaso o “déficit” democrático, contrariamente a lo escrito en los años ochenta. En el trabajo de Scott Mainwaring (“La capacidad de supervivencia democrática en América Latina”) el crecimiento económico es un factor estructural importante para esa supervivencia que comienza en 1978. Sin embargo, en su explicación del “inesperado” éxito democrático, sus cálculos muestran que el crecimiento de los valores democráticos en los actores políticos y el apoyo internacional cumplen un papel más importante. En este texto Mainwaring muestra una vez más, por qué no decirlo, su gran capacidad para combinar las pruebas estadísticas con el método histórico comparativo.

Marcelo Sain (“La cáscara vacía. Teoría, sociedad y política en la construcción del orden democrático”) critica a la galería de referentes teóricos más conocidos sobre los procesos de transición a la democracia, porque todos ellos, aun considerando sus diferencias, tomaron con más énfasis que sus propios creadores la definición mínima de democracia, y porque la teoría de la transición es excesivamente institucionalista y voluntarista, en el sentido que ha dejado de lado los condicionamientos históricos, económicos y culturales de los países en los que esos procesos se han producido. Así, si el “proceso democrático” requiere, además de características poliárquicas, la efectivización del concepto de ciudadanía, entonces será necesario un estado capaz de garantizar derechos, libertades y condiciones estructurales que permitan la concreción real de la democracia política, objetivo difícilmente alcanzable a la luz de las condiciones actuales de desagregación social y concentración económica en la región.

El destacable artículo de Frances Hagopian (“Democracia y representación política en América Latina en los años noventa:

¿pausa, reorganización o declinación?”) ofrece una evaluación tentativa del estado actual de la representación política en nuestros países desde el punto de vista de que las fragilidades internas son la amenaza más seria a una consolidación cualitativa de la democracia. Las antiguas redes de representación de intereses políticos se han deteriorado desde la transición sin que se hayan generado todavía redes nuevas. El problema no radica tanto en las características institucionales (presidencialismo, sistemas electorales, etc.) como la forma en que los ciudadanos se relacionan con ellas: ¿mediante qué tipo de partidos, sindicatos u ONGs lo hacen? Para la autora no es útil la recurrente comparación del nuevo estado de cosas con las redes de representación del pasado, máxime cuando desde la posguerra hubo más control vertical que representación de grupos autónomos. Hagopian analiza los argumentos en pro de la “declinación” y aquellos en pro de la “reorganización” de la representación política, inclinándose por la primera opción. Para ella, la declinación de la matriz estado-céntrica que produjeron las dictaduras y las reformas neoliberales no

reconfiguró tanto como desorganizó a la representación política (crisis de la organización sindical tradicional más crisis de los partidos políticos). La volatilidad y la abstención electorales son claros indicadores de la fuerza del “desalineamiento” electoral y partidario.

En sintonía con el resto del volumen, se reproduce oportunamente un conocido trabajo de Juan Carlos Portantiero de 1992 (“Revisando el camino. Las apuestas de la democracia en Sudamérica”) con el que iniciaba la línea de trabajo que sigue este libro: los nuevos factores institucionales (los recambios presidenciales, por ejemplo) no son suficientes para poder hablar de “la otra transición” (o de la segunda y tercera fases de la transición), la transición pospopulista, aquella que relaciona a la democracia política con los efectos de la reconversión económica; porque junto con las dictaduras había colapsado un modo de regulación de las relaciones entre el estado y la economía. Ello provocó el desorden económico que algunas democracias debieron enfrentar en contextos ideológicos de suma cero, resultando de todo ello la ingobernabilidad e ilegitimidad de

la democracia, y luego su “hibridización” (el triunfo de la delegación sobre la representación), la desarticulación social y el economicismo neoconservador que ha privatizado el estado.

En un artículo interesante pero un poco apartado del núcleo duro del libro (“El camino populista a la reforma del mercado. Coaliciones políticas y electorales en México y la Argentina”) Edward Gibson muestra cómo las dos subcoaliciones (la metropolitana y la periférica) que dieron sustento electoral y político a los partidos populistas de Argentina y México se transformaron en parte debido al cambio socioeconómico mundial de los ochenta y en parte a los cambios demográficos y ocupacionales de esos países. Esos dos procesos llevaron a los líderes del PRI y el PJ a reconfigurar las coaliciones populistas al incorporar a los beneficiarios de la reforma neoliberal, lo que implicó cambios del apoyo en la subcoalición periférica, y la refundación de la subcoalición metropolitana hacia las grandes empresas, los grupos económicos, los tecnócratas y algunos sectores del trabajo. Así, tanto en su origen como después de las reformas neoliberales, estos

partidos fueron uniones de coaliciones políticas y electorales regionalmente diferenciadas.

Cierra el volumen el artículo de Ernesto López (“Democracia y ética en la Argentina: un asunto crucial”) donde se puntualiza la descomposición ética de la Argentina, que comienza en el Proceso de Reorganización Nacional, que la nueva democracia no incorporó en su agenda, y que se agravó con el proceso judicial a las Juntas militares, las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, los indultos, las reformas económicas y la corrupción política. Así, el proceso de descomposición terminó en un “arrasamiento ético”, sobre todo bajo la administración Menem, que además, abrió las puertas a los efectos de la globalización económica. Como resultado, se vive en medio de la crisis de la ética como lazo de cohesión e integración sociales (presente en la teoría sociológica como rasgo de la sociabilidad, opuesta a la “anomia” durkheimiana) surgida en la esfera de la moral pública y reafirmada en la esfera económica. Y por todo ello se ve directamente afectado el orden republicano, entendido como la “cúspide axiológica” de las sociedades occidentales. En suma, arrasamiento ético más

arrasamiento social (por las reformas neoliberales) descompusieron los comportamientos sociales de solidaridad y entronizaron comportamientos pragmáticos y el aumento de la corrupción política.

Para concluir, el libro logra superar el escollo de la dispersión inherente a las obras colectivas, brindando al mismo tiempo una pluralidad de enfoques alrededor de una misma y actual preocupación política y académica: el futuro y la calidad de la democracia. Ofrece una gran fuente de inspiración metodológica cuantitativa para la ciencia política, tanto en términos positivos como negativos: la gran capacidad de operacionalización de variables, sobre todo por parte de los autores norteamericanos, se ve limitada ante la comprensión del fenómeno democrático en la región latinoamericana, sobre todo por parte de los autores argentinos. En todo caso, es un valioso aporte a la labor inagotable que la dirigencia política y la ciencia política latinoamericanas tienen por delante, y por todas estas razones, su aparición debe ser celebrada.

Martin D'Alessandro ◆